

No era frío

Emmy Y



Capítulo 1

No era frío, era indiferencia, tanto que había vivido y a la vez tan poco, tanto que había visto, no era sano, no ahora, no tan pronto. Y por eso la ilusión se había desvanecido, las ilusiones reales pasaron a segundo plano. Pero tan subjetivo era esto como yo quisiera que lo fuera. Y quería pensar que estaba bien ser diferente, pero a la vez y a lo contrario, insano como mi mente, era la rareza que me distinguía, y volvía a contradecirme pensando que eso era lo incorrecto. Ser diferente está bien, si esa diferencia no es un abismo al infierno, un mal sueño, no tan mal sueño cuando me consolaba.

A mi misma.

Ya que nadie más me entendía. A quien le iba a interesar un caos nublado en guerras contradictorias, un abismo negro camuflado en... en locura, básicamente. Rara locura. Tampoco era de hablar oscuro. Era de hablar claro, claro y bonito, supongo que era una manera de auto engañar a mi mente, entre rosas todo es más bonito, hasta el jardín más feo puede lucir espectacular.

A veces lloraba, eran mis momentos más dulces, me gustaba la soledad, amaba la tristeza y me enamoré de la rabia. Cuando la felicidad queda tan lejos, lo opuesto te acoge en su regazo y te escucha, te comprende y así se acaba creando un vínculo tan fuerte que cuesta dejar ir, cuesta porque, aunque la felicidad estuviera a mi alcance, y lo estaba, me arrojaba la locura y me acariciaba la oscuridad. La luz quedaba lejos. Pero se veía. El problema era el andar hacia ella. Como un niño pequeño que gatea y se agarra a las paredes para dar su primer paso, y se cae, y se vuelve a levantar, y se cae, y se vuelve a levantar. Con lágrimas en los ojos, pero con esperanza de algún día aprender a andar con paso firme y llegar al final del túnel.

Entre los gritos de esas voces tan taladrantes como confortantes porque eso significaba "hacer las cosas bien", estaba ella con cara de lunes, en esa clase llena de hormonas revoloteando. Se sentía diferente a la vez que mejor, rara pero mejor que esa panda de estúpidos. No eran estúpidos, solo otra clase de personas. ¿Normales tal vez? Seguían el canon de joven de 18 años en una escuela de un pueblucho al lado del mar, con sus tonterías de 18 años y sus mega ultra problemas de 18 años, nótese la ironía, donde se debatían temas como, "María no pinta nada en ese grupo" o "Juan parece que le gustan todas", todo bien, para tener 18 años.

Ella los envidiaba, a la vez que simplemente les eran indiferentes. Los envidiaba sanamente, envidiaba su capacidad de amar, envidiaba su normalidad, sus ganas, su manera de vivir, tan sana, tan estándar, tan

políticamente correcta. Envidiaba su ímpetu para hacer amigos tan rápidamente, envidiaba la capacidad que tenían para ser jóvenes felices.

Ella se preguntaba porque no podía ser feliz como ellos. Tan solo se quedaba en preguntas retóricas, evidentemente, era más lista de lo que aparentaba. La respuesta era más fácil que cualquier pregunta de examen, la respuesta era tan suya que la respuesta era ella misma.

La conciencia que guardaba en su interior estaba encadenada, atada a una silla con cadenas de hierro y candados cuya llave se encontraba en el fondo de un mar inexistente. Compartía condena con la incapacidad de negarse nada a ella misma, un debate constante entre cerebro y ganas de vibrar. Un coctel molotov que reflejaba caos.

Pero ese debate intenso a veces se desvanecía con la aceptación de su yo. Si vibras, vibra, no te condenes en tus pensamientos contradictorios a tus hechos. Vibra tranquila. Si no, no vibres.

A veces se retorció con amargos pensamientos de culpa, arrepentimiento se llamaba esa condena. Y escribía pena y cantaba pena. Y a veces mentía, a largo plazo se arrepentía. Pero tan solo era pena escrita, ¿quien dijo sino, que la tristeza no es un arte?

Volviendo a esos pensamientos, la mentira sigue presente, es necesario explicar que quien miente guarda motivos ocultos que solo esa persona sabe, ocultos porque no salen a la luz, por eso se oculta la verdad. Pero eso es malo, no malo bonito, sino malo traidor. Las mentiras son en vano si el peso de tu conciencia pesa más que la consecuencia. Si tu creencia en el perdón existe, úsalo para sanar ese peso, si no, date por vencido. Merecido y jodido arrepentimiento, miento de nuevo si digo lo que siento, ya que no siento nada, cariño, poseo una mente helada contra un corazón en llamas, que no se apaga ni con su mirada.

Dulce melancolía, la pena transformada en arte, dulce venganza merecida, que a las penas el aire calma. Lucha eterna, razón contra vida. Lucha eterna, buscando una salida.